

# TOLEDO

Conferencia pronunciada en la clase de Arquitectura, de la Escuela de Caminos,  
el día 14 de mayo de 1926

(CONCLUSIÓN) (1)

## Toledo en la Literatura

Está por escribir la Guía espiritual de Toledo, un *Baedeker* sentimental que enmarcara en atmósfera de emoción el paisaje, las leyendas y los monumentos. De esa guía sin hacer sería un capítulo importante la impresión que en los grandes literatos ha producido la vieja ciudad. ¿Cómo han visto Toledo los grandes escritores? Desde el principio pueden deslindarse dos campos. En nuestro Siglo de Oro, la ciudad no figura en las obras literarias más que como espléndido escenario. En cambio, en los tiempos modernos, la emoción de Toledo influye poderosamente en la mentalidad de los personajes y es, en cierto modo, un personaje más, y muchas veces el más importante.

Obligado parece dar comienzo a esta última parte de nuestra charla toledana con las magníficas octavas que sobre la ciudad y el Tajo escribió aquel tan fino poeta como arriesgado capitán de Carlos V, Garcilaso de la Vega. Oid:

Pintado el caudoloso río se vía,  
que en áspera estrechura reducido,  
un monte casi alrededor ceñía,  
con ímpetu corriendo y con rüido.  
Querer cercarle todo parecía  
en su volver, mas era afán perdido:  
dejábase correr a fil derecho,  
contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre  
del monte, y desde allí, por él sembrada,  
aquella ilustre y clara pesadumbre  
de antiguos edificios adornada.  
De allí con agradable mansedumbre,  
el Tajo va siguiendo su jornada,  
y regando los campos y arboledas  
con artificio de las altas ruedas.

Es muy de notar la predilección que por el Tajo y la ciudad muestra el más insigne de nuestros escritores: Miguel de Cervantes. En el libro VI de su *Galatea*—obra de juventud—pone en boca de un pastor encarecidos y rizados elogios de los cigarrales, que describe sin nombrarlos, y en el *Persiles y Sigismunda*, publicado después de su muerte, habla también de los alrededores de la vieja ciudad. (Entre paréntesis: ¿Habéis leído el *Persiles*? Esta obra de la vejez de Cervantes—fecundísima y lozana vejez—es quizá la más injustamente olvidada de nuestra literatura. Y, sin embargo, está llena de bellezas y encierra algunas de las mejores páginas del maestro, a más de aquel incomparable prólogo, escrito pocos días antes de morir, en que el glorioso mutilado se despide del mundo con una serenidad

y con una melancolía henchida de elegancia ejemplarísima, sin par en ninguna literatura del mundo.)

Una de las novelas más bellas y más perfiladas de Cervantes es *La ilustre fregona*, cuya acción se desarrolla en la Posada de la Sangre de Cristo o del Sevillano. Existe hoy, con escasas modificaciones en su pobre arquitectura y peor abastado ciertamente que entonces—he pasado en él un par de noches toledanas—aquel mesón donde Avendaño se prendió de la bella y discreta Constanza. Cervantes, que tan perfectamente conocía Toledo, y especialmente las cercanías del Zocodover y la Alcana, donde se le proporcionó el manuscrito del nonnato Cide Hamete Ben Engeli, quizá hubo de morar en los comienzos del siglo XVII en el concurrido mesón, ya que su descripción es exactísima y detallada. «Y luego, siendo la guía Carriazo, que ya otra vez había estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron en la posada del Sevillano...»

Otra novela cervantina cuyo escenario es Toledo es *La fuerza de la sangre*. No es de las definitivas en la obra de nuestro Cervantes y, sin embargo, oíd la bella música de su comienzo, con alusión a las duras cuestras de Toledo:

«Una noche de las calurosas del verano volvían de recrearse del río, en Toledo, un anciano hidalgo con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, para no pagar con cansancio la pensión que traen consigo las holguras que en el río o en la Vega se toman en Toledo.»

Apenas hay escritor de nuestro Siglo de Oro que no mencione los cigarrales, quintas de placer de los hidalgos toledanos, que a veces, en unión de las fiestas religiosas, consumían sus caudales, si hemos de dar crédito al antiguo refrán toledano:

Dos cofradías  
y un cigarral  
llevan a un hombre  
al Hospital.

Tirso de Molina, el fraile de fina silueta, primer escenificador del mito de Don Juan, escribió un libro de prosas graciosamente barrocas—*Cigarrales de Toledo*—, en el que los nobles toledanos se reúnen en los más célebres cigarrales para celebrar torneos de ingenio, henchidos de parlás conceptuosas. Desfilan ante el lector escenarios *seiscientistas*, en torno a las frondas amables de las huertas en que nacen —y algunas veces se crían—los más sabrosos albaricoques del mundo, albaricoques que, como las hembras toledanas, tan admiradas por la gran Isabel, tienen la piel amarfilada y con graciosos lunares, la pulpa fresca y el hueso dulce. Por entre las

(1) Véase el número 2 461, página 404, de la REVISTA.

florestas pasan los caballeros de Felipe IV, hijos de aquéllos que pintó el Greco, con menos fiebre en los ojos y las mismas espadas cinceladas, pero sin aquellos musculosos brazos que las llevaron a la victoria con Carlos V, el gran rey extraño, y sin aquella prudencia y mesura que en los tiempos de Felipe II, nuestro gran rey español, hizo que España diera el tono en el mundo. Entre Felipe II y Felipe IV hubo un rey rezador y perezoso que se entrega en manos de los privados. Uno de los capítulos de la obra de Tirso se desarrolla en el cigarral de Buenavista, que pertenecía al arzobispo Sandoval, pariente del privado Lerma y delicado protector de los últimos años de Cervantes. Oid el comienzo de la descripción de este cigarral por el poeta Medina-lla, de trágica muerte:

Yace orillas del Tajo cristalino,  
cerca de la ciudad centro de España,  
en su vega sagrada y espaciosa,  
un sitio deleitable y peregrino  
que siempre l Alva de su risa baña  
y alegra con los pies de blanca rosa  
la Primavera hermosa...

Han corrido los tiempos, se han secado los setos de mirtos que recogían el cándido murmullo de las fuentes. El cigarral de Buenavista, herido en sus lozanas entrañas, se ha vendido el año pasado, y en él distrae sus ocios melancólicos otro privado, sin privanza: el conde de Romanones.

Saltemos al siglo XIX. Tras el clasicismo dieciochesco, clasicismo de alcoba perfumada, en que hasta los angelotes cristianos tienen los labios lúbricos de la Pompadour, la Revolución pone un barniz de sangre en los oros desvaídos y, como un torrente de individualismo desencauzado, nace el período romántico. Uno de los corifeos del romanticismo, Teó, filo Gautier, emprende, en 1840, el viaje a España-fruto del cual es el pintoresco libro *Voyage en Espagne*. Es curioso examinar con algún cuidado la impresión que nuestra vieja ciudad produjo al romántico poeta galo, el primero que en el siglo XIX lanzó a Europa, por el potente alta-voz de su idioma, la estampa lírica y emocional de Toledo.

Gautier está en Madrid, y el aburrimento comienza a invadirle. Ha visto las principales curiosidades de la capital—la Armería, el Buen Retiro, el Museo y la Academia de Pintura, el teatro del Príncipe, el paseo del Prado—y, a pesar de los treinta grados de calor y de las historias horripilantes de bandidos y facciosos con que tratan de atemorizarle, se pone en camino a la ciudad que él llama «de las bellas espadas y las dagas románticas». (Entre paréntesis, advirtamos que el buen Gautier, a pesar de su largo peregrinar por las provincias peor reputadas de España, no logró tropezarse con nuestros célebres bandidos legendarios. Así lo declara paladinamente, aunque lamentándolo.)

¿Cómo se va a Toledo en 1840? Gautier lo explica minuciosamente: en galera, o en una diligencia que sale de Madrid dos veces por semana. El camino cruza la Puerta y el Puente de Toledo, muy adornado de floreros, volutas, estatuas y escarolados de mediano gusto y, sin embargo, de un efecto bastante majestuoso—para la época en que esto se dice, he aquí una observación discreta sobre nuestro barroco—. Carabanchel, llanura polvorienta, campos de trigo, campos de cebadas. Cruces de mal presagio

que extienden sus brazos descarnados, campanarios lejanos, siluetas de campesinos a horcajadas en sus mulas, con el trabuco a un lado; una mujer, escuálida y quemada por el sol, tirando de un rapaz. Más adelante, el paisaje se hace más árido y desierto, y se unen a la diligencia cinco cazadores verdes, jinetes que han de servir de escolta, pues es necesaria una escolta para ir de Madrid a Toledo.

Se hace alto para almorzar en Illescas, y Gautier nota huellas de antiguas construcciones moriscas y complicadas rejas coronadas por cruces.

¿Cómo se almuerza en estas ventas del camino? «Una sopa de ajo, con huevos; la inevitable tortilla de tomate—no conozco esta tortilla, ni creo que pueda el tomate aumentar la villanesca gracia de la tortilla—, almendras tostadas y naranja, rociado todo con Valdepeñas bastante bueno, aunque tan espeso que podía cortarse con un cuchillo, envenenado con pez y color de jarabe de moras.» Por la boca muere el pez, querido y lejano Gautier: esa descripción indica claramente el vino de la tierra, lo contrario, en la escala de los vinos, del Valdepeñas; el Valdepeñas es fino, transparente y claro, y le has vilipendiado sin motivo; si ese espeso morapio que reconocemos en el color de jarabe de moras te parece bastante bueno, ¿qué no te hubiera parecido el Valdepeñas que aquel inglés, sibarita y amante de España, Ford, tu contemporáneo, se hacía llevar a su fría y húmeda Inglaterra como uno de los mejores vinos del mundo?

Atención: Gautier llega a Toledo y entra por la magnífica Puerta del Sol, rojiza, cocida, de tono curtido, como una naranja de Portugal—son sus palabras—y admirablemente perfilada sobre el cielo lapislázuli.

Gautier para en una posada de caballeros; «Fonda del Caballero» la llama el poeta, por el eterno afán romántico de individualizar, en este caso transformando un nombre genérico en específico. Es tradicional—y Gautier lo anota cuidadosamente—la dulzura y el encanto de las hosteleras de Toledo. Es tradicional, pero yo no he podido comprobarla en mis moceriles andanzas toledanas, aunque viví en posadas en que la sopa de ajo—sin huevos—perduraba.

La fonda—apenas hace falta decirlo—ocupa un hermoso edificio—algún palacio sin duda, dice modestamente Gautier—con típico patio, que describe prolijamente.

Gautier sale a la calle. Es agosto. Hay un sol cegador y africano, y el poeta alaba calurosamente—nunca mejor empleado el adverbio—la estrechez de las calles, que impiden hierva el cerebro como un puchero al fuego, y admira los pies de las toledanas, arqueados y nerviosos, «duros como pezuñas de gacela», que corren alegremente por aquel empediado en punta de diamante que hace gritar de angustia al viajero civilizado.

Gautier visita en seguida el Alcázar y lo elogia extraordinariamente, describiendo una admirable puesta de sol, con gran cuidado de hacer notar la elegante silueta del artista que, accedado en la abertura de una almena, se acuerda de París y se siente invadido por enorme tristeza, aunque estaba realizando el sueño de toda su vida.

Al día siguiente, el poeta visita la Catedral, y nada menos que once páginas emplea en su descripción, intercalando todas las leyendas y absurdos

que le cuentan. No nos interesa ese trozo de literatura, seguramente escrito en París y sin ningún detalle personal.

Después visita San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca y el palacio de Galiana, a propósito del cual nos coloca un relato de la hija del rey Galofre, la legendaria amante de Carlomagno, emperador de la barba florida. Por cierto que aquí le ocurre una graciosa aventura: Gautier, que había comenzado la exploración del palacio de Galiana con unos blancos y elegantes pantalones, al salir observa, con asombro, que son negros, pero de un negro vivo y hormigueante: estaban cubiertos de pulguitas imperceptibles que sobre él se habían precipitado en enjambres compactos, atraídas por la frialdad de su sangre septentrional. «Nunca hubiera creído que en el mundo hubiese tantas pulgas», exclama Gautier cachazudamente.

Para librarse del exceso de población microscópica el gran Teófilo, en vena de contar a sus amigos cosas estupendas, decide emplear el mismo sistema de la zorra que se zambulle en el agua hasta el hocico portador de un trozo de corteza que abandona al curso del río cuando comprende tiene carga suficiente, pues los infernales animalitos, al sentirse acometidos por el agua, se refugian en él y se apelotonan. Y aquí viene lo grande. El poeta se lanza al Tajo, frente al palacio de Galiana, nadando de costado, con la mayor precisión posible, «a fin de ser digno de un río tan célebre y tan respetable», y a las pocas brazadas llega—válgate Dios, querido Gautier—al baño de la Cava, nada menos que al baño de la Cava, situado más abajo del puente de San Martín, próximamente a tres kilómetros del palacio. Pero, en fin, había que referir la leyenda de Rodrigo cuando, desde las ventanas de su torre espía a las jóvenes en el baño y vió a la bella Florinda medirse la pierna y las de sus compañeras, para saber quién la tenía más redonda y mejor hecha. Por cierto que aquí vuelve a equivocarse el poeta, ya que el romance que cuenta la escena dice eran los brazos lo que se medían las bellas muchachas.

El último edificio que visita nuestro poeta es el Hospital de Afuera. Admira—y hace bien—el prodigioso sepulcro del cardenal Tavera, la obra maestra de Berruguete; describe la estatua yacente del prelado, la terrible caricia de la muerte que le ha oprimido la nariz con sus dedos descarnados, y la suprema contracción de los músculos que, al tratar de retener el alma, a punto de escaparse, sujetan la comisura de los labios y afilan la barbilla.

Se detiene después ante los cuadros del Greco, pintor extravagante y extraño—son sus palabras—apenas conocido fuera de España. Anota la leyenda—para él todo es historia, por supuesto—de que su locura consistía en el temor de pasar por imitador del Tiziano. Al describir el cuadro cuyo asunto es el Bautismo de Cristo, dice que hay en él contrastes violentos, tintes raros, actitudes desacertadas, pliegues rotos y arrugados a placer, pero campeando en todo ello una energía depurada y una pujanza enfermiza, que delata al gran pintor y al loco genial. «Pocos cuadros—dice—me han interesado tanto como los del Greco, pues los peores tienen siempre algo de inesperado y fuera de lo posible, que sorprende y hace pensar.»

Esta finísima observación de Gautier sobre la pin-

tura del gran Dominico, hecha en 1840, cuando aun se tardaría medio siglo en comprender y en amar al gran candiota, salva a Gautier de todos sus pecados de inexactitud.

Dos españoles eminentes en nuestros tiempos han escrito sendas novelas, cuya acción se desarrolla—en parte—en Toledo.

El primero de ellos, en fecha—la posteridad dirá si también en categoría literaria—, es Galdós, y la novela—una de sus buenas novelas—*Angel Guerra*. El segundo es Baroja, y la novela *Camino de perfección*.

Es al comenzar el segundo de los tres grandes volúmenes de la novela galdosiana cuando Angel Guerra—cuya evolución de revolucionario a santo constituye la trama de la obra—se dirige a Toledo, ciudad que ya no abandonan los personajes en las ochocientas páginas que les quedan de vida artística.

Tipos y paisajes toledanos, admirablemente vistos y descritos con ese primitivismo cándido y sin afectación peculiar de Galdós, avaloran el toledanismo de esta novela, primera obra de empuje en que la ciudad se dibuja con esmero y en muchos trozos con amorosa emoción.

Es muy notable la descripción (t. II, págs. 9 y 10) de un patinejo claro y limpio de Toledo. Toledo está lleno de esos patios que, por la sola magia de la simpatía y por el sortilegio de un trocito de cielo azul, alumbrando unas plantas humildes, suscitan, a veces, en el espectador una emoción improporcionada con su escasa importancia artística; emoción que produce más placer interior que muchos grandes monumentos, quizá porque al contemplar éstos la grandeza de la impresión nos viene como impuesta y en las pequeñas cosas, a más de ser voluntaria, requiere pongamos en ella algo muy íntimo, que al volver a nuestro corazón sin que la conciencia se percate de que de él acaba de salir, es recibido con fruición inefable.

Angel Guerra visita los conventos de monjas y empieza a deleitarse en la vida religiosa de Toledo, tan llena de carácter; pasea por la melancólica judería, toda ruinas, miseria y soledad, y de tanto andar por barrios solitarios, su alma se aficiona a la contemplación de la vida pasada, entregándose al amor de lo antiguo y al punzante interés de lo desconocido.

Hay en esta novela deliciosas siluetas toledanas, entre ellas la del Padre Mancebo, el tío Providencia; la del canónigo Palomeque, infatigable arqueólogo, capaz de destruir medio Toledo para encontrar vestigios de edades anteriores, y la del angélico Don Tomé, capellán de San Juan de la Penitencia, que juzgaba del mundo por los pecadillos que las monjas le confesaban, y que muere en plena novela, con muerte esplendorosa, cantando salmos y embriagado por el fuego de una elocuencia recién nacida.

Hay también una serie de estampas del cigarral de Monegro y del cercano monte de la Degollada, propiedades ambas del protagonista, y en las cuales pensó fundar aquella estupenda Orden religiosa que le había de permitir seguir viendo a su Lorenza, la de los ojos bailantes, monja *a natiuitate*.

Y, por último, la novela se cierra con la gran escena del cigarral en que Angel Guerra es herido mortalmente, y con el tránsito del grande hombre barbado y gigantesco, de infantil corazón, que, movido por un hondo amor humano, intentó despren-

derse de su térrea arcilla para unirse en espíritu con Lorenza, la protagonista femenina, un tipo algo bochoso y cuyo afán de no amar humanamente al magnífico Angel Guerra la resta simpatías, quizá sin motivo.

*Camino de perfección*, una de las novelas de juventud de Baroja, es la historia de la pasión mística de Fernando Ossorio. Está muy lejos ya la sanidad moral de Angel Guerra y aquella su elevación al misticismo sobre los cimientos humanísimos de una pasión honda y varonil por la mujer de los verdes ojos danzarines. La pasión mística de Ossorio es un descenso, y su misticismo un hundirse en las raíces de las bajas pasiones.

Para huir de la lúbrica unión con su tía Laura, aquella mujer de piel ardiente y morena, de labios secos y pupilas requemadas, que con su sorda lujuria le sorbía los sesos, Fernando emprende un viaje a pie por la carretera de Francia. Después de algunas andanzas que, por hoy, no nos interesan, aunque descubren muchos meandros del futuro gran novelista que se incubaba, al escribir esta obra, en Baroja, Ossorio se une al arriero Polentinos, con quien se traslada a Madrid y, sin pasar por el cuerpo de Laura, a Illescas, desde donde, ya solo, marcha a Toledo, con lo cual ya tenemos a nuestro escritor enfrentado con la vieja ciudad.

Cincuenta páginas se dedican en esta obra a Toledo, a partir de la llegada de Ossorio, que vive primero en un mesón y más tarde en una casa de huéspedes. Pronto asoma el Baroja racionalista, que ve en Toledo un pueblo secularizado, sin ambiente de misticismo alguno y en que sólo el aspecto artístico de la ciudad finge una fe que ya no existe en las conciencias.

De conformidad con esta posición intelectual de Baroja, sus siluetas toledanas son ásperas y poco amables, siendo las más curiosas la de don Pedro Nuño, el inevitable cura arqueólogo, y la del Padre Manuel, que no quería confesar a nadie por no ensuciarse el alma.

Fernando ve y admira el soberbio cuadro *El entierro del conde de Orgaz*, y otro día el Hospital de Afuera y el estupendo sepulcro de Tavera, que tanto impresionara a Gautier. Oigamos una descripción de la ciudad que comienza en el paseo situado junto al Hospital citado:

«Veíase la ciudad destacarse lentamente sobre la colina en el azul puro del cielo, con sus torres, sus campanarios, sus cúpulas, sus largos y blancos lienzos de pared de los conventos llenos de celosías, sus tejados rojizos, todo calcinado, dorado por el sol de los siglos; parecía una ciudad de cristal en aquella atmósfera tan limpia y pura. Fernando soñaba y oía el campaneó de las iglesias que llamaban a misa.

El sol ascendía en el cielo; las ventanas de las casas parecían llenarse de llamas. Toledo se destacó en el cielo lleno de nubes incendiadas..., las colinas amarillearon y se doraron, las lápidas del antiguo camposanto lanzaron destellos al sol... Volvió Fernando hacia el pueblo, pasó por la puerta Visagra y después por la del Sol. Desde la cuesta del Miradero se veía la línea saliente formada por la iglesia mudéjar de Santiago del Arrabal, dorada por el sol; luego la puerta Visagra, con sus dos torres, y al último el Hospital de Afuera.»

Baroja traza con grandes pinceladas, característi-

cas de su arte de novelista—mal lenguaje, exacta impresión—, lienzos románticos del Toledo visionario y nocturno, siendo los más notables la descripción del *Entierro* a la luz de espectrales antorchas y la carrera nocturna de su protagonista, siguiendo al portador de un ataúd infantil, por las viejas y empinadas calles.

La vida toledana de Fernando Ossorio se interrumpe bruscamente; sin duda su creador había dicho ya cuanto tenía que decir sobre la vieja ciudad..

La visión de Toledo que nos da Baroja es—en el fondo—más romántica e impresionante que la de Galdós, aunque esquinada y sin el amor que el viejo novelista ponía en la contemplación de las ciudades españolas.

Cuando yo era estudiante se publicó un libro de Barrés sobre Toledo: *El Greco o el secreto de Toledo*. Aparte de que esta conferencia va siendo demasiado larga, voluntariamente no quiero hablaros de ese libro. He dicho en otra parte que los hombres de mi generación hemos sido perturbados en nuestro desarrollo racial por Maurice Barrés. Por él perdimos la lección de vitalismo que debíamos haber aprendido en nuestras viejas ciudades, en las que entramos, de su mano—repito mis palabras—, como quien entra en una mancebia, con ansia y con recelo, en busca del placer, llenos de miedo.

No tenemos tiempo de seguir desarrollando este tema, para mí tan sugestivo, de «Toledo en la Literatura». Sobre él podrían escribirse libros enteros. No hemos podido ocuparnos de *El Lazarillo de Tormes*, ni de la impresión de Toledo sobre innumerables escritores del Siglo de Oro y siguientes que de la ciudad hablan. Lope de Vega, Alarcón, Rojas, Suárez de Figueroa, Gracián..., hasta los nombres de autores serían interminables.

Mencionaremos únicamente, como final, la figura del mayor prosista de nuestro tiempo, el que mejor evoca las viejas ciudades, el incomparable maestro del lenguaje y de la emoción: *Azorín*.

Son numerosas las alusiones a Toledo en la obra varia, compleja y melancólica del gran escritor. Estos días releo, con el deleite de siempre, una de sus obras cumbres: *Castilla*, quizá la que mejor aprisionó las partículas sutilísimas del alma y del paisaje castellano. En dos de sus cuadros, *La fragancia del vaso* y *Lo fatal*, en que se prosiguen, respectivamente, *La ilustre fregona* y *El Lazarillo de Tormes*, se habla de Toledo. Y, sin embargo, no será con fragmentos de esos capítulos con lo que se cierre esta conferencia.

Hay en este libro una evocación de ciudad que para mí es lo más hondo y patético que ha producido el maestro. Me refiero al capítulo titulado *Una ciudad y un balcón*. Empiezo por declarar honradamente que en estas páginas no se menciona con claridad a Toledo. Solamente declara el autor que en aquella ciudad vivía la Celestina. Se dividen las opiniones en cuanto al sitio donde transcurre la acción de la obra suprema de nuestro renacimiento literario. Unos se inclinan por Salamanca, no falta quien hable de Sevilla—un sevillano, naturalmente—, y otros, y entre ellos Foulché-Delbosq—la mayor autoridad en la materia—sostienen que los datos topográficos de *La Celestina* coinciden con los de la ciudad de Toledo.

Las páginas ingravidas de *Una ciudad y un balcón* se abren con una cita de Garcilaso:

No me podrán quitar mi dolorido sentir..

Maravillosamente se describe después a la vieja ciudad en tres épocas muy diferentes: la primera hacia el siglo XVI, la segunda después de la Revolución francesa, la tercera en nuestros días, cuando sobre la vega humean los trenes. Pues bien, a través del cambio de los tiempos y de las civilizaciones, hay siempre en el balcón de una casa hidalga un hombre cuyos ojos se velan con profunda tristeza, con el codo puesto en el brazo de un sillón y con la cabeza descansando en la palma de la mano, en actitud, en fin, de una profunda, inevitable melancolía. Son diferentes hombres—no hace falta decirlo—los hombres del balcón: en la primera estampa es quizá uno de los que pintó el Greco; en la segunda, el hombre melancólico viste una casaca sencillamente bordada, y su cara está cuidadosamente rasurada; en la tercera, el caballero tiene un fino bigote de

puntas levantadas, como se llevaban en 1912, cuando escribió estas prosas *Azorín*. Varía la ciudad a través de los siglos; varían los hombres que se sientan en el sillón del palacio que mira a la plaza; lo que no varía—y aquí está la clave de la estética azorinesca—es la honda tristeza, llena de misterio, que empaña los ojos de los caballeros. Escuchad el final:

«Eternidad, insondable eternidad del dolor! Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más fecundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza meditadora y triste, reclinada en la mano. *No le podrán quitar el dolorido sentir.*»

Y aquí termino mi conferencia, anhelando, en contradicción a la escena melancólica de Azorín, que, a través de las variaciones que los años y los siglos pongan en las formas aparentes de Toledo, haya siempre allí, en un día de mayo, bajo la pompa del sol primaveral, una promoción de nuestra Escuela, a la que nadie pueda quitar su alborozado y dionisiaco gozar.

Tomás GARCÍA-DIEGO  
Profesor de la Escuela de C., C. y P.

## TEMAS HIDRAULICOS

# Aprovechamientos hidroeléctricos de pequeño desnivel

En la técnica de los aprovechamientos hidráulicos se marca una evolución constante que origina la creciente simplificación de sus elementos constitutivos y disposiciones de conjunto más racionales que las empleadas con anterioridad. Es, sencillamente, la

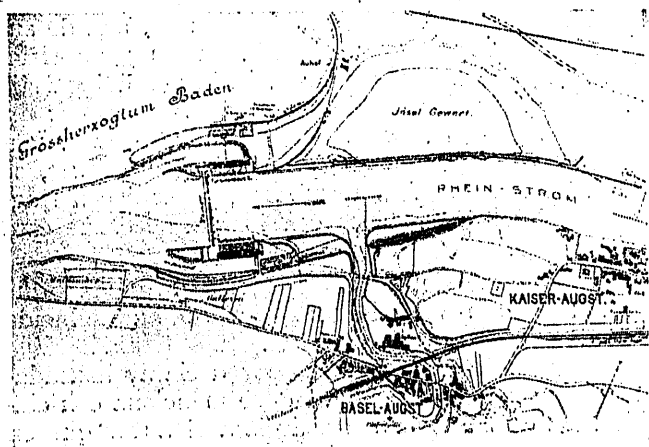


Fig. 1. Plano de conjunto de la instalación de Augst-Wyhlen.

característica de la hora actual y de todas las horas, que impide llegar a realidades sin un más allá, por envejecer las ideas mientras se trabaja por su materialización.

En el orden cronológico, los primeros aprovecha-

mientos hidroeléctricos, sin canal de conducción, en los que presa y casa de máquinas son construcciones contiguas, muestran la tendencia decidida de los proyectistas en favor de la disposición de ambas plantas en direcciones perpendiculares. La presa, establecida normalmente a la corriente que deriva, y la casa de máquinas en la dirección de esta última. De este tipo son las centrales de Chèvres (año 1888) y la más moderna de Augst-Wyhlen (año 1912, fig. 1.<sup>a</sup>).

Empleando esta disposición se obliga a los filetes líquidos a seguir una trayectoria que presenta un cambio brusco de dirección a su entrada en la cámara espiral de la turbina, orientada normalmente a la corriente del río, para deshacer posteriormente esta torsión al reintegrarse en ésta por el canal de desagüe.

Estos cambios bruscos en la dirección de la trayectoria equivalen a una pérdida de carga, que puede entrañar una disminución apreciable de la potencia obtenida, por representar aquella pérdida un tanto por ciento efectivo del desnivel utilizable, ya de suyo reducido.

La observación de este inconveniente ha obligado a una rectificación en el modo de apreciar el problema. Actualmente, tanto la presa como la casa de máquinas se sitúan sobre un eje común, normal a la corriente. Los filetes líquidos no experimentan cambio alguno de dirección ni aguas arriba ni aguas abajo de la turbina, reduciendo a un mínimo las pérdidas de carga.